

Capítulo I

Alberto



Un 22 de septiembre del año 2020, en plena pandemia del Covid 19, partió un grande. Alzó el vuelo con sigilo, como lo hacían las aves que solía fotografiar y perder de vista en lontananza. Un agresivo cáncer a comienzos de ese año despojó en pocos meses la energía y dedicación que durante toda su trayectoria profesional puso al servicio público y a la población afectada por patologías mentales. Sin proponérselo, el médico psiquiatra Alberto Minoletti Scaramelli, se convirtió en una figura emblemática en el área de la salud mental en Chile, Latinoamérica y el mundo. Su trabajo silencioso, metódico y disciplinado lo llevó a ocupar altos cargos en el Ministerio de Salud, en la academia como docente en la Universidad de Chile y a nivel internacional en la Organización Panamericana de la Salud (OPS) y en la Organización Mundial de la Salud (OMS) dejando un legado sin precedentes con la transformación del modelo manicomial en Chile, dando paso a una amplia red de atención comunitaria a personas con enfermedades mentales.

En la década del 60 y mientras estudiaba medicina en la Universidad de Chile contrajo matrimonio con Diana, unión de la cual nacieron sus hijas Marissa y Andrea.

Internado en el Hospital Clínico de la Universidad Católica de Chile, sus últimos días transcurrieron dolorosamente en el frío invierno del año 2020. La crisis sanitaria imperante en el país y el mundo obligó a su familia a guardar estrictos protocolos para visitarlo. Su hija mayor Marissa Minoletti recuerda: “debíamos ingresar de a uno, llevando gorro, mascarilla, bata y guantes quirúrgicos, todo lo cual impedía incluso sentir la piel de sus manos en las nuestras”.

Mientras estuvo en el hospital, ambas hijas se turnaban para cuidarlo con esmero, lo que permitió acompañarlo hasta su deceso, el mismo día de esa primavera que comenzaba en el hemisferio sur. Contaba con 76 años y su sorpresiva muerte remeció profundamente el corazón de los que hicieron parte de su ruta.

Durante esos días grises de hospital, Alberto lamentaba no poder avanzar en sus labores docentes y de investigaciones que realizaba con entusiasmo para la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Chile, donde sus últimos diez años se incorporó como académico en los Diplomados y Magister en Salud Mental Comunitaria. Dos semanas antes de su muerte, y mientras se mantuvo consciente, tuvo una oportunidad realmente asombrosa. Pudo despedirse de innumerables personas quienes, al enterarse de su delicado estado de salud, le hicieron llegar correos electrónicos y grabaciones donde le saludaban y alentaban con fraternales mensajes. “Estuvo lúcido esas últimas dos semanas de vida y respondió a varios de ellos dentro de lo que sus fuerzas se lo permitían. Creo que eso le ayudó a partir, sabiendo el inmenso cariño que le sentían tantas personas” precisa su hija Marissa.

Andrea, su hija menor lo recuerda como un papá preocupado y sobreprotector. Se hacía tiempo para llevarlas a los juegos infantiles en Canadá o ayudarlas en las tareas cuando ya eran estudiantes del ciclo básico en Chile. Las dejó decidir por sí mismas qué carrera seguir y Marissa se tituló de psicóloga, mientras Andrea fue médica veterinaria.

Ambas nacieron en Canadá, luego que la dictadura militar chilena lo enviara al exilio en 1973, obligándolo a salir del país junto a su esposa. Al respecto, su colega y gran amigo desde sus años de estudiante de medicina, Dr. Alfredo Pemjean, relata que, tras el golpe militar de 1973, Alberto fue detenido en la ciudad de Antofagasta, al norte de Chile, donde ambos trabajaban en un proyecto de apoyo médico en salud mental a la comunidad. Fue sacado de su casa y encarcelado por un período de alrededor de tres meses. Luego, fue relegado a Traiguén y más tarde a Chillán, ambas localidades al sur del país.

Alfredo Pemjean destaca el temple de Alberto para adaptarse positivamente a esa dura realidad. A modo de combatir el tedio, solicitó pelotas de tenis para hacer ejercicios haciéndolas rebotar en las paredes de la celda, y también muy pronto tenía grupos de gendarmes y de prisioneros en reuniones sobre el reconocimiento

y la prevención del alcoholismo. Añade que no se sabía con claridad las causales de las detenciones en ese tiempo y fue estigmatizado con varios de los epítetos entonces circulantes: comunista, antipatriota, marxista, insurgente. Pemjean hace hincapié en lo importante que fue Canadá para la vida y formación de Alberto. Allá se gestaron y nacieron sus dos hijas. Debió renovar su título de médico y el de especialista mediante una beca en Psiquiatría en la Facultad de Medicina en la Universidad de Ottawa, finalizando con Distinción Máxima. Ambas empresas no fueron fáciles y las sorteó con honores. Probablemente también, fueron años que le confirmaron su valor personal y profesional, lo que luego fue determinante para su desarrollo como gestor de grandes iniciativas en el Ministerio de Salud en Chile.

Aunque la gran dedicación de su vida estuvo puesta en su profesión, con un trabajo organizado y riguroso para contribuir a la elaboración de políticas de salud mental para población chilena y mundial, nunca dejó de compartir con su familia, especialmente en ocasiones importantes como aniversarios, navidades, cumpleaños o vacaciones. Un hermoso acontecimiento a su edad adulta fue el nacimiento de su nieta Emilia, la que al partir su *Nonno*, solo contaba con cuatro años de edad.

Tío Alberto

Un gran pasatiempo de Alberto fue el ajedrez, juego que lo practicó desde su juventud como estudiante, luego en Canadá y los primeros años de regreso a Chile, en la década de los 80, con un sistema increíble, pues dice Marissa, eran jugadas por correspondencia. Cada carta que enviaba era una jugada y cada una de las que recibía era otra. Eso podía tomar meses e incluso años. Este juego de estrategia fue también un fuerte aliado para Alberto cuando la dictadura militar lo confinó a pena de relegación a la localidad de Chillán. Allí, una tarde en la plaza de armas de la ciudad se reunió con unos primos que residían en esa ciudad. Estos, lo invitaron a vivir en su hogar para hacer menos difícil el momento que atravesaba junto a su esposa. Su sobrina, Marcela Huepe Minoletti, recordó este hito importante en la historia de la familia. Fue la ocasión en la que el tío Alberto se dedicó cada tarde a impartirles lecciones de ajedrez a sus sobrinos Hugo y Claudia, ambos pequeños que no superaban

los diez años. “Tuvo una enorme paciencia y les ayudó a dominar un juego que exige mucha rapidez mental e inteligencia”.

Otra gran diversión que adoptó con los años fue el avistamiento de aves, un pasatiempo al que se entregaba con todo, estudiando la enorme variedad de especies de pájaros que habitan el planeta y fotografiándolas en los lugares más recónditos donde se les puede avistar.

“Fue siempre muy mateo”, coinciden ambas hijas pues todo lo que despertara su interés, lo estudiaba de manera minuciosa, comprando libros e ilustrándose en profundidad en las materias que buscaba aprender. Andrea y su pareja, especialistas en la observación de estas especies, fueron quienes alentaron su entusiasmo por el mágico mundo de las aves y compartieron diversas expediciones en familia, por distintos humedales en costas, cumbres o áreas silvestres, donde Minoletti lograba divisar cercanamente a las aves y vivir una extraordinaria aventura con sus cantos y coloridos.

Tito, el menor de tres

Alberto fue el menor y tercero de los hermanos Minoletti-Scaramelli. Guido su hermano mayor cuenta que fue el único de los tres que tuvo el privilegio de nacer en una clínica, pues su hermana Gilda y él fueron dados a luz en casa, como se estilaba entonces. Con emoción Gilda recuerda que mamá les presentó a ambos un bebé de mirada azul intensa al que llamaron Tito, como diminutivo de Alberto. Tranquilo, observador, creció en el barrio de Avenida Matta sur, en una casona grande, donde solía mirar por horas las hileras de hormigas, jugar a la pelota con su hermano mayor por 6 años y en una oportunidad comerse a escondidas una caja de galletas, porque era un goloso, resalta Gilda. Una infancia feliz, en la que recibió los mimos de sus padres y particularmente de su hermana Gilda: “Era mi niñito regalón. Me encantaba tenerlo en brazos, mirar sus ojos azules y tomarle sus manos inquietas. Parecía un muñeco”, dice su hermana evocando esos tiempos.

El hermano Guido le enseñó a leer con solo cinco años de edad. Siempre fue muy callado, a diferencia de Guido que gustaba de cantar y era entonado, pero Tito no, él era muy desafinado, coinciden los hermanos, entre sonrisas. Guido se

graduó de dentista, pero el amor y pasión por la música lo llevó a convertirse en un destacado director coral. El parecido físico entre ambos llevó a permanentes confusiones a mucha gente y nunca faltó quienes a Alberto le saludaran en la calle con un “buenas tardes, maestro” y a Guido con otro “buenas tardes, doctor”.

El origen de la familia Minoletti-Scaramelli, es algo difuso, aunque sus padres nacieron en Santiago de Chile. Según ha dicho su hermano Guido, el abuelo paterno era chileno, hijo de italiano, casado con chilena. La abuela materna era de Turín, Italia. Los abuelos maternos llegaron con la inmigración italiana (1904-1905) a Capitán Pastene al sur de Chile y luego se trasladaron a Santiago. Fue en el verano del año 1944, cuando nació Alberto. En Chile ejercía la presidencia Juan Antonio Ríos y el mundo se encontraba en los umbrales del fin de la Segunda Guerra Mundial. Su formación escolar fue en el emblemático Liceo de Aplicación, de carácter público, reconocido por su excelencia y prestigio. Su hermano Guido dice que se vio obligado por su padre a estudiar Odontología pues éste quería que sus hijos decidieran por una carrera con porvenir económico. Nunca se sabrá si fue ese consejo del papá por el cual Alberto por su parte siguió la carrera Medicina, pero el joven desde siempre mostró inquietudes en el ámbito social, que lo llevó a especializarse en la Psiquiatría Comunitaria.

Compañeros de ruta



De ello fue testigo directo el psiquiatra Alfredo Pemjean, su compañero de ruta, cuando se conocieron en 1961 en primer año de Medicina de la Universidad de Chile. Ambos provenían de liceos públicos, Alberto del Liceo de Aplicación y Alfredo Pemjean del Liceo Lastarria. Alberto, dice Pemjean era un estudiante alegre, sociable, divertido, querido y por cierto muy respetado. “Nuestro primer encuentro más cercano ocurre en sexto año en 1966 después del

curso de psiquiatría en quinto año, marcador y transformador de muchos de nosotros. Coincidimos con un profesor poco conocido entonces, el más joven de la facultad, tenía sólo 36 o 37 años, el profesor Juan Marconi Tassara, quien tuvo un rol de mentor en ambos”.

Marconi fue el líder fundacional de la Psiquiatría intracomunitaria y con quien descubrieron la medicina social y salud pública. Junto a otros tres estudiantes se fueron a trabajar en la Población La Victoria y en el Consultorio Santa Anselma, el sector sur de la capital. Un área donde existía mucha pobreza, con servicios de salud carenciados y donde se encuentra el origen y desarrollo de la Psiquiatría Intracomunitaria, la raíz de la salud mental comunitaria en Chile y América Latina.

La formación de Alberto y de los otros tres becados se hizo en el campo, en la cancha, generando propuestas a las personas con enfermedades mentales que consultaban sin contar con mayores recursos, sin camas, sin medicamentos, excepto unos muy básicos, sin dispositivos ambulatorios. Pemjean resalta cómo de manera fiel y entusiasta acompañaron la experiencia fundacional de la creación de una psiquiatría innovadora, genuinamente comunitaria. Alberto debió crear el programa intracomunitario de neurosis, dirigido a servir a las esposas de aquellas personas con alcoholismo, quienes después que éstos se recuperaban, podían mostrar síntomas emocionales angustiosos, depresivos u otros.

Desde entonces y meses antes de su partida, Alberto se entregó incansablemente a su vocación: la medicina social y el servicio público, ejerciendo liderazgos, enseñando en la academia y colaborando con su riguroso talento a nivel regional y global, con el anhelo de construir un mundo más justo para los más olvidados.







